



**Eduard Soler i Lecha**  
*Coordinador de investigación, CIDOB*

### **Tráficos, terrorismo y conflicto**

A la Unión Europea se le acumulan las crisis en su entorno más cercano y el Magreb no es una excepción. Libia, tan solo a unos centenares de kilómetros de las costas europeas, proyecta inestabilidad, ya sea en forma de tráfico de drogas y armas, o bien como cobijo de grupos criminales y terroristas de dimensión transnacional. Un buen ejemplo de ello es el hecho de que los terroristas que atentaron en Túnez cerca del Parlamento contra un grupo de turistas en el Museo del Bardo, el pasado 18 de marzo, hubieran recibido entrenamiento militar en Libia. Las fronteras de esta región son porosas y de difícil control. Al colapso de las estructuras estatales en Libia se suma la fragilidad de los países del Sahel. Los espacios que quedan fuera del control gubernamental son el escenario donde operan y se fortalecen grupos terroristas, en connivencia con otras organizaciones criminales globales.

Mientras tanto, los dos principales países de la región, Argelia y Marruecos, siguen instalados en una política de rivalidad y competencia. El conflicto del Sáhara es tanto un obstáculo como una excusa para la reconciliación; y sin ella, no se puede hacer frente a amenazas compartidas y, no menos importante, sentar las bases de una integración económica cuyos beneficios se extenderían a los países de su entorno.

### **En manos de los estados**

Europa no es un espectador distante. Algunos estados miembros de la UE, Francia en particular, han tenido un papel clave en las intervenciones militares en Libia y Mali. Para otros, la proximidad física es el elemento clave: Italia y Malta, por su cercanía a Libia, y España, por ser el único país europeo con frontera terrestre con el Magreb. Intervención y proximidad deberían traducirse en responsabilidades e intereses compartidos. Sin embargo, las acciones de los principales estados implicados no se han visto respaldadas por políticas de alcance europeo. Véase, por ejemplo, la ya abortada operación italiana de rescate marítimo «Mare Nostrum», o la reducida dimensión de las misiones europeas en Libia y Mali.

Libia es la piedra angular del complejo de inseguridad Magreb-Sahel. Ni la UE ni sus estados miembros querrían volver a intervenir militarmente. Solo recientemente se ha puesto sobre la mesa la posibilidad de desplegar una misión de mayor alcance en este país, pero siempre que sea para contribuir a que se respeten los acuerdos a los que deberían llegar las partes en conflicto en el marco de las negociaciones pilotadas por Naciones Unidas.

En materia de integración regional, la UE se ve desprovista de incentivos suficientes para cambiar las posiciones de los dos países clave: Marruecos y Argelia. Ni las llamadas a avanzar en procesos de cooperación e integración regional ni el apoyo a proyectos de interconexiones han sido suficientes para modificar las preferencias de quienes bloquean el acercamiento.

### **La contención no basta**

En Libia, la UE debe seguir apoyando el proceso de diálogo en curso y, en la medida de sus posibilidades, crear incentivos para el acuerdo. Por un lado, es imprescindible priorizar acciones que permitan recuperar un mínimo de seguridad en Libia y poder avanzar así en un doble proceso de reconciliación y reconstrucción. Por el otro, el reconocimiento de que los vecinos de Libia son clave para desbloquear esta situación no debe traducirse en una política de subcontratación que permita a los europeos eludir responsabilidades.

En este país, al igual que en el resto del Magreb y el Sahel, se necesita un enfoque integral que no se base únicamente en instrumentos de seguridad, pero que tampoco los excluya. De entre todos los ámbitos de actuación, hay dos en los que Europa debería poner especial empeño, tanto por las necesidades de la región como por sus propias capacidades: el fortalecimiento institucional y la cooperación regional. Además, en tanto que una parte de la inseguridad que proyecta esta región viene alimentada por redes de criminalidad presentes en suelo europeo, la UE debería redoblar esfuerzos en la lucha contra mafias y redes de crimen organizado en su propio territorio.